

Tus sueños están a un clic

Yerson Penagos Osnas

Sobre el sofá de mi casa, abrazado a mi perro y con el televisor encendido, meses atrás pensaba: Hace seis meses terminé la secundaria y lo que tanto había deseado cumplir, se desvanece ante la terrible situación de mi familia y de mi pueblo. Tengo 17 años, vivo con mi padre en el campo, soy indígena, estudié en una pequeña escuela de mi vereda, me las arreglé para terminar el bachillerato en un buen colegio del pueblo vecino y ahora aspiro entrar a la universidad. ¡Crecí en una comunidad indígena!: Jambaló.

Mi reguardo, situado en la Cordillera Central de los Andes Colombianos, al nororiente del Departamento del Cauca, fuente de innumerables cauces de agua que desembocan en el río Palo, Municipio de Caloto, es el territorio de la cultura NASA también conocida como Páez. Es un territorio entre montañas, olvidado por la sociedad, secuestrado por la violencia y rondado por el miedo; desde hace tiempo su destino llegó a manos de los actores armados. La lucha por el reconocimiento de las tradiciones de mi pueblo surgió de un gran esfuerzo de los comuneros por reivindicar los valores ancestrales, las autoridades, las formas de organización y de vida. Como dijo un amigo: “Los indígenas NASA, hijos de la tierra, somos la tierra misma, venimos de la tierra, vivimos en la tierra, descansamos en la tierra”. A pesar de los grandes golpes dados por la colonización, la industrialización y el Estado, esa gran familia, mi familia, lucha por el respeto a los derechos humanos, étnicos y culturales y por su avance como grupo étnico frente a una posible desaparición.

Todavía sentado, repetía en voz alta mi gran sueño: Hacer una carrera universitaria ¡Se lo debo a mi gente! De pronto, una corriente de aire entró por la ventana y puso a mis pies una hoja de papel que recordaba que mis actitudes académicas ya habían sido demostradas, que era hora de tomar el siguiente paso. Días antes, con el ánimo y el alma por el piso, divagaba en un universo paralelo donde difícilmente sonreía. La música ya no era deleitante. Silencioso y vacío, me había encerrado en lo que más temía: La oscuridad. Necesitaba la ayuda de un agente externo.

Tres días antes, mi padre había recibido los resultados del ICFES, mi salvavidas. Por ello, junto a un árbol, con maleta en mano, llegó el día en que esperé la llegada de la chiva, después de decidir mi inscripción a la universidad pública. Era miércoles, que coincidencia, justo el día en que se forma una gran fila al lado del puesto de salud. Cada cinco minutos una enfermera avisa quién es el próximo en ser atendido, mientras se escuchan frases de inconformismo. Los doctores, “médicos” cansados, esperan que su año de rural termine pronto. Sus actos evidencian que no aprendieron a respetar y convivir con otras culturas. Eso reafirmó mi decisión de entrar a la universidad, ayudar a mi gente y evitar estas escenas.

Después de la despedida y de cuatro horas de viaje en chiva, llegué a Santander a casa de una mujer increíble, perseverante y linda...Mi madre...cuanto la admiro. A pesar de su enfermedad y de su “incapacidad”... sigue adelante. Por eso, cuando le comenté mi decisión, su sonrisa y abrazo, contestaron todo. Ella es mi ídolo. Mi inspiración.

Estoy inmensamente agradecido con Dios por poner frente a mí, las circunstancias que me guiaron hacia la puerta correcta. Era un día viernes, en aquel café internet. Un mensaje se repetía 10 veces y por curiosidad, revisé: "*Tus sueños están a un clic*". Se trataba de una oportunidad para seguir estudiando, una beca universitaria para minorías indígenas en una universidad privada. Al parecer se había encendido un sendero de velas coloridas que indicaban cuál era el camino.

La Medicina es una profesión apetecida por muchos, un privilegio de ricos y súper dotados, sin embargo, ahora era el turno de un indígena. Me he enamorado de la Medicina porque no hay nada más reconfortante que recibir unas gracias o una sonrisa cuando se alivia el sufrimiento humano. Y aún más cuando se trata de ayudar a mi gente. Confundido, sorprendido y supremamente feliz, me alegró decir ¡Me gané la beca! Y hoy es mi primer día de clase. Estoy en la Pontificia Universidad Javeriana, de Cali.

En principio fue un poco difícil adaptarme, primero, por los comentarios de mis compañeros: "Y tú, de qué tribu vienes", "Muéstranos una de esas danzas raras de los indios", "Esos indios son jodidos" o "Para ti todos somos malos: todos somos conquistadores"; también, por las invitaciones a lugares donde no puedo darme el lujo de ir y por el hecho de no parecer indígena pues mi piel es muy clara en comparación con la imagen que se tiene de mi cultura. Trato de responder a las preguntas que me hacen, aclaro aquellos conceptos erróneos que pueden ofender cuando no se tiene cuidado, y trato de socializar con todos a pesar de mi miedo a incomodar por el hecho de tener un nivel socioeconómico más bajo.

Ya han pasado cuatro meses, muchas horas de clase, descansos, almuerzos y tertulias. He comprobado que el concepto que me dio Andrea de "universidad privada" era totalmente erróneo. Nunca me hicieron "el feo", no me tiraron al lago, no existe la logia (grupo de erradicación de becados) y todo ha sido muy diferente. Tengo compañeros y amigos. Ahora sé que la Carrera que elegí es la más increíble de todas. Aprendí que los niños ricos también tienen sueños, y al igual que yo, aman la profesión de la Medicina.

Estoy aquí por mi pueblo, gente que lucha cada día por el reconocimiento de sus derechos. Siento que mi pueblo me confió una tarea, difícil y satisfactoria. Cumplir mi sueño de estudiar Medicina, y dentro de unos años aliviar el sufrimiento humano de la comunidad NASA, mi gente, mi gran familia indígena.

"La mejor forma de disfrutar cada minuto de existencia, es asumiendo la vida como un instante en el que se debe dar siempre lo mejor, y nunca olvidar a los tuyos".